

Menospreciar a Cristo

NO. 98

**SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO 17 DE AGOSTO DE 1856
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND, LONDRES.**

***“Mas ellos, sin hacer caso, se fueron, uno
a su labranza, y otro a sus negocios.”
Mateo 22:5.***

El hombre no ha cambiado mucho desde los días de Adán. En su estructura corporal parece ser exactamente el mismo, pues los esqueletos que tienen una antigüedad de muchos cientos de años, son la exacta contraparte de los nuestros; y, verdaderamente, los hechos del hombre realizados hace siglos y que quedaron registrados en la historia, podrían ser escritos de nuevo, pues “nada hay nuevo debajo del sol.” Se descubre todavía la misma clase de hombres (aunque, tal vez, vestidos de manera diferente) que existió en edades muy remotas. Hay todavía hombres que responden al carácter que el Salvador atribuyó a otras personas en Su día: “Se van, uno a su labranza, y otro a sus negocios,” sin valorar las cosas gloriosas del Evangelio.

Estoy seguro de que tenemos muchos caracteres semejantes aquí esta noche, y pido al Señor que me dé gracia para predicarles muy solemnemente y muy explícitamente. Y debo pedirles a quienes entienden el arte celestial de la oración, que oren para que Dios se agrade en hacer llegar directamente al pecho en el que quiere se alojen, cada uno de estos pensamientos, para que produzcan el fruto consolador de justicia en la salvación de muchas almas.

“No hicieron caso”; demasiadas personas hacen eso mismo hoy en día; y, eso mismo hará, esta noche, una buena porción de mis oyentes. Yo creo que es pecado menospreciar a Cristo; y a riesgo de ser falsamente llamado legalista, o partidario del libre albedrío, por quienes son sabios por encima de lo que está escrito, yo los acusaré de lo mismo, pues espero que no he de pertenecer jamás a esa clase de calvinistas que hacen la labor del diablo excusando a los pecadores en sus pecados.

En primer lugar, les diré unas cuantas palabras concernientes a *qué es aquello que el pecador menosprecia*; en segundo lugar, *cómo es que lo menosprecia*; y, en tercer lugar, *por qué es que lo menosprecia*. Después haré una observación adicional o dos, y será todo, para no cansarlos.

I. En primer lugar, ¿QUÉ ES AQUELLO QUE EL PECADOR MENOSPRECIA? Según la parábola, las personas aludidas menospreciaron la fiesta de bodas que un rey había preparado, con todo tipo de manjares exquisitos, a la que habían sido convidados generosamente, y a la que no asistieron intencionadamente. Es fácil descubrir el significado espiritual de esto. Los pecadores que menosprecian a Cristo, expresan su desprecio por un glorioso banquete que Dios ha provisto con motivo de la boda de Su Hijo. El lugar en que nos encontramos tierra solemne es. ¡Oh, imploramos las enseñanzas del Espíritu Santo!

Tomando esta parábola como la base de nuestros comentarios, podemos señalar, primero, que el pecador menosprecia *al mensajero que le lleva las noticias que la cena de bodas está preparada*. Estos hombres rehusaron asistir; decidieron ir, “uno a su labranza, y otro a sus negocios,” y así, no tomaron en serio al mensajero; y cada pecador que menosprecia la grandiosa salvación de Jesucristo, no toma en serio al ministro del Evangelio, y esto no es un insulto insignificante a los ojos de Dios.

Si el embajador de Inglaterra fuera tratado con indiferencia, eso no sería considerado nunca por nuestra gran nación como una ofensa insignificante; y tengan por cierto que no es algo sin importancia para Dios que los embajadores que envía sean despreciados. Pero eso no es tan grave, comparativamente; los embajadores somos hombres como ustedes, que podemos soportar el menosprecio, si eso fuera todo. De hecho, nos daría mucho gusto perdonarlos si estuviese en nuestro poder hacerlo, y si esta fuese toda la culpa de ustedes.

Pero estas personas *desdeñaron la fiesta*. Algunas de ellas se figuraban que los animales engordados y las demás provisiones que estarían sobre la mesa, no serían mejores que los que ellas tenían en casa. Esas personas pensaban que el banquete real no sería algo tan grandioso como para renunciar a sus negocios por un día, o como para renunciar a su labranza tan solo por una hora. Despreciaron el banquete, o, al menos, parecería que así fue, ya que no asistieron.

¡Oh, pecador, cuando tú desdeñas la gran salvación, sería bueno que recordaras qué es lo que desprecias; cuando menosprecias el Evangelio de Dios, menosprecias la justificación por fe, menosprecias ser lavado en la sangre de Jesús, menosprecias al Espíritu Santo, menosprecias el camino al cielo, y luego menosprecias a la fe, a la esperanza y al amor; menosprecias todas las promesas del pacto eterno, todas las cosas gloriosas que Dios ha reservado para quienes le aman, y menosprecias todo aquello que Él ha revelado en Su Palabra como el don que promete a quienes vienen a Él. Desdeñar el Evangelio es algo grave, pues en esa Palabra—

las buenas nuevas inspiradas por Dios—está resumido todo lo que la naturaleza humana pudiera requerir, y todo lo que incluso los santos que están en la bienaventuranza reciben. ¡Oh, es una locura despreciar el Evangelio del Dios bendito! ¡Es peor que una insensatez! Si desprecias las estrellas, eres un necio; si desprecias la tierra de Dios, con sus gloriosas montañas, con sus ríos que fluyen en sus hermosos prados, eres un loco maniático; pero si menosprecias el Evangelio de Dios, eres el equivalente de diez mil maniáticos en uno. Si desdeñas eso, eres mucho más necio que quien no ve ninguna luz en el sol, no contempla ninguna hermosura en la luna ni ninguna brillantez en el firmamento estrellado. Pisotea, si quieres, Sus obras inferiores; pero, ¡oh!, recuerda que cuando desdeñas el Evangelio, estás menospreciando la obra maestra de tu grandioso Creador—eso que le costó más que crear una miríada de mundos—la compra sangrienta realizada por las agonías de nuestro Salvador.

Y, además, estas personas *menospreciaron al Hijo del Rey*. Se trataba de Su matrimonio, y en tanto que no asistieron, deshonraron a ese Ser glorioso en cuyo honor fue preparada la cena. Desdeñaron a Aquel a quien Su Padre amaba. ¡Ah, pecador!, cuando desdeñas el Evangelio, desdeñas a Cristo, a ese Cristo delante de quien los gloriosos querubines se inclinan, a ese Cristo a cuyos pies el excelso arcángel considera una felicidad arrojar su corona; desdeñas a Aquel con cuya alabanza resuena la bóveda del cielo; desdeñas a Aquel a quien Dios tiene en muy alta consideración, pues le ha llamado: “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos.”

¡Ah!, es algo solemne menospreciar a Cristo. Si desprecias a un príncipe, recibirás por ello poca honra de manos del rey; pero si desprecias al Hijo de Dios, el Padre se vengará de ti por el menosprecio de Su Hijo. ¡Oh, mis queridos amigos!, me parece que es un pecado, no imperdonable, lo sé, pero, aun así, un pecado sumamente atroz, que los hombres menosprecien a mi bendito Señor Jesucristo y le traten con cruel desdén. ¡Menospreciarte a Ti, dulce Jesús! ¡Oh!, cuando te veo cubierto con un manto de sangre, luchando en Getsemaní, me encorvo ante Ti, y digo: “Oh, Redentor, que sangras por el pecado, ¿podría desdeñarte algún pecador? Cuando le contemplo y veo un río de sangre que cae bañando Su hombro, por la maldita flagelación del látigo de Pilato, pregunto: “¿Puede desdeñar algún pecador a un Salvador como éste?” Y cuando le veo por allá, cubierto con Su sangre, clavado a un madero, expirando en medio de la tortura, y gritando: “Elí, Elí, ¿lama Sabactani?” me pregunto: “¿puede alguien menospreciar esto?”

Ay, si lo hicieran, entonces, en verdad, sería un pecado que bastaría para condenarlos, aunque no hubieran cometido ningún otro pecado:

que hubieren desdeñado al Príncipe de Paz, que es glorioso y todo Él codiciable.

¡Oh, amigo mío!, si desdeñas a Cristo, habrás insultado al único ser que puede salvarte, al único que puede transportarte al otro lado del Jordán, al único que puede correr los cerrojos de las puertas del cielo y darte la bienvenida. No permitas que ningún predicador de cosas melifluas te persuada de que eso no es un crimen. Oh, pecador, piensa en tu pecado si es que le estás desdeñando, pues entonces desdeñas al único Hijo del Rey.

Y, además, estas personas *menospreciaron también al Rey* que había preparado el banquete. ¡Ah!, poco sabes, oh pecador, que cuando tomas a la ligera el Evangelio, insultas a Dios. He oído que algunas personas dicen: “señor, yo no creo en Cristo, pero aun así estoy seguro de que procuro reverenciar a Dios; a mí no me importa el Evangelio, yo no deseo ser lavado en la sangre de Jesús, ni ser salvado por la gracia inmerecida; pero yo no desprecio a Dios; ¡yo soy un religioso natural!” No, señor, tú, en verdad, insultas al Todopoderoso, en la medida que niegas a Su Hijo. Si desprecias al vástago de un hombre, insultas al propio hombre; si rechazas al unigénito Hijo de Dios, rechazas al propio Ser eterno. No hay tal cosa como la verdadera religión natural aparte de Cristo; es una mentira y una falsedad; es el refugio de un hombre que no es lo suficientemente valiente para decir que odia a Dios, pero es un refugio de mentiras, pues quien niega a Cristo, en ese acto ofende a Dios, y se cierra las puertas del cielo contra sí mismo.

No se puede amar al Padre excepto a través del Hijo; y no hay una adoración aceptable del Padre, excepto a través del Grandioso Sumo Sacerdote, el Mediador, Jesucristo. ¡Oh, amigo mío!, recuerda que tú no has despreciado simplemente el Evangelio, sino has menospreciado el Evangelio de Dios. Al reírte de las doctrinas de la revelación, tú te has reído de Dios; al ultrajar la verdad del Evangelio, has ultrajado al propio Dios; has cerrado tu puño ante el rostro del Eterno; tus blasfemias no han sido contra la iglesia, sino contra Dios mismo. ¡Oh, recuerden, ustedes, que se burlan del mensaje de Cristo! ¡Oh, recuerden, ustedes, que se alejan del ministerio de la verdad! Dios es un Dios fuerte; ¡cuán severamente *puede* castigar! Dios es un Dios celoso: ¡oh, cuán severamente *castigará!* ¿Menospreciar a Dios, pecador? Vamos, esto, por encima de todo lo demás, es un pecado que condena, y al cometerlo, pudiera ser que un día firmes tu propia sentencia de muerte, pues desdeñar a Dios, a Cristo, y a Su santo Evangelio, es destruir la propia alma, y es precipitarse de cabeza a la perdición. ¡Ah, almas infelices, sumamente infelices

han de ser ustedes, si viven y mueren desdeñando a Jesús, y prefiriendo sus labranzas y sus negocios a los tesoros del Evangelios!

Además, pobre amigo mío digno de compasión, considera que cuando desdeñas todas las cosas que he mencionado, *estás menospreciando las grandes solemnidades de la eternidad*. El hombre que desdeña el Evangelio, menosprecia el infierno; piensa que sus fuegos no son ardientes, y sus llamas no son como Cristo las ha descrito; desdeña las lágrimas ardientes que escaldan sempiternamente las mejillas desesperadas; menosprecia los alaridos y los gritos que han de ser los cantos lastimeros y la música terrible de las almas que perecen. ¡Ah, no es sabio menospreciar el infierno!

Considera de nuevo: menosprecias al cielo, ese lugar al que los bienaventurados anhelan llegar, donde la gloria reina sin una nube, y la bienaventuranza reina sin un suspiro. Tú pones la corona de la vida eterna debajo de tus pies; pisoteas la rama de palma debajo de tu pie malvado y consideras poca cosa ser salvado, y poca cosa ser glorificado. “¡Ah, pobre alma!, una vez que estés en el infierno, y una vez que la llave de hierro sea girada para siempre en la cerradura del destino inevitable, descubrirás que el infierno es un algo que no es tan fácil de despreciar; y cuando hayas perdido el cielo y toda su bienaventuranza, y sólo puedas oír el cántico de los bienaventurados resonando tenuemente en la distancia, aumentando tu miseria por el contraste con su dicha, entonces descubrirás que no es algo sin importancia haber menospreciado el cielo. Todo hombre que desdeña la religión, menosprecia estas cosas. Juzga erróneamente el valor de su propia alma, y la importancia de su estado eterno.

Esto es lo que los hombres menosprecian. “¡Oh, señor!”—dice alguien—“yo nunca doy lugar a palabras hostiles contra la verdad de Dios; nunca me río del ministro, ni desprecio el día domingo.” Alto, amigo mío, yo te absuelvo de todo eso; y, sin embargo, solemnemente te acusaré de este gran pecado de menospreciar el Evangelio. ¡Óyeme, entonces!

II. ¿CÓMO ES QUE LOS HOMBRES LO MENOSPRECIAN?

En primer lugar, *cuando los hombres van a oír la predicación pero no prestan atención*, están menospreciando el Evangelio y todas las cosas gloriosas de Dios. ¡Cuántas personas frecuentan las iglesias y capillas para entregarse a una siesta confortable! Consideren qué insulto tan horrendo es eso para el Rey del cielo. ¿Acaso entrarían en el palacio de su majestad, la reina, y pedirían una audiencia, para luego echarse a dormir en su cara? Y, sin embargo, el pecado de dormir en la presencia de ‘su majestad’ no sería tan grande, incluso contra sus leyes, como el pecado de dormir intencionadamente en el santuario de Dios. Cuántas

personas van a nuestras casas de adoración, y no se duermen, pero se sientan con una mirada vacía, escuchando como escucharían a un hombre que no puede tocar una tonada cautivante con un buen instrumento. Lo que entra por un oído sale por el otro. Todo lo que entra en el cerebro sale sin afectar jamás al corazón.

¡Ah, mis oyentes, ustedes son culpables de menospreciar el Evangelio de Cristo cuando escuchan un sermón sin prestarle atención! ¡Oh, cuánto darían las almas perdidas por oír otro sermón! ¡Qué daría aquel pobre desgraciado que se está aproximando ahora a la tumba, por otro día domingo! ¡Y cuánto darías tú, uno de estos días, cuando estés a la orilla del Jordán, por poder recibir una advertencia más, y escuchar una vez más la voz cortejadora del ministro de Dios! Nosotros desdeñamos el Evangelio cuando lo oímos sin prestarle una solemne y seria atención.

Pero algunas personas dicen que ellos, *en verdad*, ponen atención. Bien, es posible poner atención al Evangelio, y, sin embargo, desdeñarlo. He visto llorar a algunos hombres bajo la influencia de algún poderoso sermón; he visto que las lágrimas ruedan unas tras otras: lágrimas, benditas evidencias de las emociones internas. Algunas veces me he dicho a mí mismo: es maravilloso ver llorar a estas personas bajo la influencia de alguna palabra eficaz de Dios, que les está provocando una alarma, como si el propio Sinaí estuviese tronando en sus oídos.

Pero hay algo más maravilloso que el llanto de los hombres bajo la influencia de la palabra. Es el hecho de que pronto, demasiado pronto, se enjugan todas sus lágrimas. Pero, ¡ah!, mi querido oyente, recuerda que si tú oyes acerca de estas cosas y te deshaces de alguna solemne impresión, al hacer eso, menosprecias a Dios y desdeñas Su verdad; y ten mucho cuidado cuando hagas eso, para que tus propios vestidos no se manchen de rojo con la sangre de tu alma, y se diga: “Te perdiste, oh Israel.”

Pero hay otras personas que la menosprecian de una manera diferente. Oyen la palabra y le ponen atención; pero, ¡ay!, *le ponen atención conjuntamente a algo más.*

¡Oh, hombre que me escuchas, tú menosprecias a Cristo, si lo colocas en cualquier lugar, salvo en el centro de tu corazón! Aquel que da a Cristo un poco de sus afectos, menosprecia a Cristo, pues Cristo quiere recibir el corazón entero o no quiere recibir nada. Aquel que da a Cristo una porción, y al mundo otra porción, desprecia a Cristo, pues cree que Cristo no merece recibir la totalidad. Y, en tanto que dice eso, o piensa eso, tiene pensamientos rastreros y malvados acerca de Cristo.

¡Oh, hombre carnal, tú eres medio religioso y medio profano; tú eres algunas veces serio, pero con frecuencia eres frívolo; algunas veces eres aparentemente piadoso, pero con frecuencia eres perverso, pues tú me-

nosprecias a Cristo! Y, ustedes, que lloran el día domingo y luego regresan a sus pecados el día lunes; ustedes, que ponen al mundo y sus placeres por encima de Cristo, tienen menor estima por Él de la que merece; y, ¿qué es eso sino desdeñarlo? ¡Oh!, te exhorto, amigo que me escuchas esta noche, a que te preguntes si no eres ese hombre. ¿No menosprecias tú mismo a Cristo? El hombre con justicia propia, que se coloca a sí mismo como socio de Cristo en el asunto de la salvación, no obstante sus buenas obras de hojarasca, es tal cabecilla entre los despreciadores, que yo quisiera ponerlo en la picota en el propio centro de ellos, y pedirles a todos los que son como él que tiemblen, para que no sean encontrados ellos también menospreciadores de Jesús.

Además, menosprecia a Cristo *quien hace una profesión de religión, y, sin embargo, no vive de acuerdo con ella.* ¡Ah, miembros de la iglesia, ustedes necesitan una buena zarandeada!; tenemos ahora una inmensa cantidad de cizaña mezclada con el trigo; y algunas veces pienso que tenemos algo peor que eso. Tenemos algunas personas en nuestra iglesia que no son tan buenas como la cizaña, pues no parecieran haber estado cerca del trigo del todo; no son nada mejor que el tamo. Han entrado a nuestras iglesias, justo igual que si hubieran entrado a una asociación comercial, porque piensan que su negocio mejorará. Tomar el sacramento proporciona respetabilidad a su nombre; haber sido bautizados o ser miembros de una iglesia cristiana los vuelve estimables; y así, entran en grandes cantidades en pos de los panes y de los peces, pero no en pos de Jesucristo.

¡Ah, hipócrita, tú menosprecias a Cristo si piensas que Él es un pretexto para allegarte riquezas! Si tú sueñas que has de poner montura y freno a Cristo, y cabalgar hacia las riquezas en Él, cometes un grave error, pues nunca tuvo la intención de llevar a los hombres a ninguna parte excepto al cielo. Si tú supones que la religión tenía el propósito de dar lustre a tu hogar, de alfombrar tus pisos y forrar tus bolsas, te has equivocado grandemente. Tiene el propósito de ser provechosa para el alma; y aquel que piensa usar la religión para su propia ventaja personal, menosprecia a Cristo; y en el último día, este crimen le será imputado en su contra: que le ha “menospreciado”; y el Rey enviará a sus ejércitos para cortarlo en pedazos, entre aquellos que despreciaron a Su Majestad, y no quisieron obedecer Sus leyes.

III. Y ahora, en tercer lugar, les diré POR QUÉ LO HAN MENOSPRECIADO. Lo han hecho por diferentes razones.

Algunos de ellos lo menospreciaron *porque eran ignorantes*; no sabían cuán excelente era la fiesta, no sabían cuán generoso era el rey, no sabían cuán hermoso era el Príncipe, pues, de otra manera, habrían pensa-

do de manera diferente. Ahora, hay muchas personas presentes esta noche que desdennan el Evangelio porque no lo entienden. He oído a menudo a la gente reírse de la religión; pero pregúntales en qué consiste, y no saben más de la religión de lo que sabe un caballo, y todavía es peor, pues creen cosas erróneas acerca de ella, y un caballo no hace eso. Se ríen de la religión, simplemente, porque no la entienden; es algo que está más allá de su alcance.

Nos hemos enterado de un necio que, siempre que se mencionaba un pasaje en latín, se reía, porque pensaba que era un chiste, o, de cualquier manera, era una manera muy ridícula de hablar, y, por eso se reía. Lo mismo sucede con muchas personas cuando oyen el Evangelio; no saben lo que es, y, por tanto, se ríen. “¡Oh!”—dicen—“ese hombre está loco.” Pero, ¿por qué está loco? Porque no le entiendes. ¿Eres tan soberbio como para suponer que toda la sabiduría y todo el conocimiento han de descansar en ti? Yo te sugeriría que la locura está de tu lado. Y aunque pudieras decir de él: “Muchas letras te han vuelto loco”; nosotros replicaríamos: “es muy fácil volverse loco cuando no se tiene ningún conocimiento en absoluto.” Y aquellos que no poseen ninguno, y especialmente aquellos que no tienen ningún conocimiento de Cristo, son los más propensos a despreciarle. Bien dijo Watts—

**“Si todas las naciones conocieran Su valor,
Seguramente, la tierra entera le amaría.”**

¡Oh, queridos amigos!, si ustedes supieran cuán bendito maestro es Cristo, si ustedes supieran qué cosa tan bendita es el Evangelio, si pudieran ser conducidos a creer que Dios es un Dios muy bendito, si pudieran tener una hora del goce que experimenta el cristiano, si pudieran experimentar una promesa aplicada a su corazón, nunca menospreciarían otra vez el Evangelio.

¡Oh, tú dices que no te gusta! Vamos, ¿no lo has probado nunca? ¿Despreciaría un hombre el vino del cual no ha dado ningún sorbo? Podría ser más dulce de lo que se imagina. ¡Oh, gustad y ved que es bueno Jehová!; y es muy seguro que si lo pruebas una vez, verás Su bondad. Me aventuraré a decir, otra vez, que hay muchas personas que menosprecian el Evangelio, simplemente, debido a su ignorancia; y si eso es así, tengo de alguna manera la esperanza de que cuando sean iluminadas un poco por asistir a escuchar la Palabra, el Señor se agrada en llevarlos a Sí por gracia; y entonces yo sé que nunca más menospreciarán a Cristo. ¡Oh, no sean ignorantes, pues “el alma sin ciencia no es buena”! Busquen conocerle, ya que conocerle rectamente es la vida eterna; y cuando le conozcan, nunca le menospreciarán.

Otras personas le menosprecian *debido al orgullo*. “¿de qué me sirve”—dice alguien—“que me traigas esa invitación? Entra en mi casa, amigo, y yo te mostraré una fiesta tan buena como cualquiera de la que pudieras hablarme. ¡Mira esto! Aquí puedes comer opíparamente; mi mesa está tan bien surtida como la mejor; que me perdone su Majestad, pero el Rey no puede dar una mejor fiesta que yo; y no veo por qué he de andar arrastrando mis huesos por allí, si no voy a conseguir nada mejor de lo que puedo conseguir en casa.” Así que no quiso ir debido a su orgullo.

Y lo mismo sucede con algunos de ustedes. ¡Tú necesitas ser lavado! No, nunca fuiste inmundo, ¿no es cierto? ¡Tú necesitas ser perdonado! ¡Oh, no, tú eres demasiado bueno para eso! Vamos, tú eres tan tremendamente piadoso en tu propia opinión, que si todo fuera verdad, harías que incluso el ángel Gabriel se sonrojara al pensar en ti. Tú no consideras que un ángel sea capaz ni siquiera de sostener una vela para ti. ¡Cómo! ¿Qué tú busques misericordia? Eso es un insulto para ti. “Anda, y díselo al borracho”—comentas—“anda y trae a la ramera; yo soy un hombre respetable; yo voy siempre a la iglesia o a la capilla; yo soy un buen individuo; puedo jaranear de vez en cuando, pero lo compenso algún otro día; algunas veces soy un poco negligente, pero, entonces, le pongo las riendas a los caballos, y cubro la distancia después; y me atrevería a decir que voy a ir al cielo tan fácilmente como los demás. Yo soy un tipo muy bueno.”

Bien, amigo mío, no me sorprende que desprecies el Evangelio, pues el Evangelio sólo te dice que estás enteramente perdido. Te dice que tu justicia propia está llena de pecado. Te dice que, en cuanto a cualquier esperanza de ser salvado por tu justicia propia, podrías, de igual manera, intentar navegar a través del Atlántico sobre una hoja marchita, que llegar al cielo por medio de tu justicia propia. Y en cuanto a que es un vestido adecuado para cubrirte, podrías, de igual manera, tomar una telaraña para ir a la corte y considerarla un vestido apropiado para presentarte delante de su Majestad.

¡Ah, mi oyente!, yo sé por qué desprecias a Cristo; es por causa de tu orgullo satánico. Que el Señor te despoje de tu orgullo; pues si no lo hace, será el tizón que rostizará tu alma para siempre. Cuídate del orgullo; los ángeles cayeron por el orgullo. ¿Cómo pueden los hombres, entonces, aunque sean la imagen de su Creador, esperar ganar por medio de él? Evítelo, huyan de él; pues tan ciertamente como eres altivo, incurrirás en la culpa de menospreciar a Cristo.

Tal vez, un número equivalente menospreció la buenas nuevas, porque *no le creyeron al mensajero*. “¡Oh!”—dijeron—“detente un momento. ¡Cómo!, ¿será ofrecida una cena? No lo creo. ¡Qué!, ¿el joven Príncipe se

va a casar? Cuéntaselo a los necios, ya que nosotros no creemos una cosa así. No lo creemos; la historia es increíble.” El pobre mensajero regresó a casa y le dijo a su Señor que no le quisieron creer. Esa es precisamente otra razón del por qué muchas personas desdeñan el Evangelio, porque no lo creen. “¿Qué”—dicen— “Jesucristo murió para limpiar a los hombres de sus pecados? No lo creemos. ¡Cómo! ¡Un cielo! ¿Quién lo vio alguna vez? ¡Un infierno! ¿Quién oyó jamás sus gemidos? ¡Cómo! ¡La eternidad! ¿Quién regresó jamás de esa última esperanza de todo espíritu? ¡Cómo! ¿Bendición en la religión? No lo creemos: es una cosa entorpecedora y miserable. ¡Cómo! ¿Dulzura en las promesas? No, no la hay; nosotros creemos que hay dulzura en el mundo, pero no creemos que haya ninguna dulzura en los pozos que el Señor ha cavado.” Y así, ellos desprecian el Evangelio, porque no lo creen. Pero, yo estoy seguro de que, una vez que un hombre cree en él, nunca lo menosprecia. Si yo tengo una solemne convicción en mi corazón, por el Espíritu Santo, de que si no soy salvo, hay un golfo abierto que me devorará; ¿piensas que puedo ir a descansar después de haber temblado de la cabeza a los pies? Si creo de corazón que hay un cielo provisto para aquellos que creen en Cristo, ¿piensas que puedo dar sueño a mis ojos, o descanso a mis párpados después de haber llorado porque no es mío? Yo creo que no.

Pero la incredulidad infame introduce su mano en la boca de un hombre, y le arranca su corazón, y, así, le destruye, pues no le permitirá creer, y, por tanto, no puede sentir, porque no cree. ¡Oh, amigos míos, la incredulidad conduce a los hombres a menospreciar a Cristo, pero la incredulidad no permanece para siempre! No hay infieles en el infierno: todos son creyentes allí. Hay muchos que fueron infieles aquí, pero no lo son ahora; las llamas son demasiado hirvientes para hacerlos dudar de su existencia. Es difícil que un hombre, en medio del tormento de las llamas, dude de la existencia del fuego. Sería difícil que un hombre, estando delante del ojo ardiente de un Dios, dude después de eso de la existencia de un Dios. ¡Ah, incrédulos! Arrepiéntanse, o más bien, que el Señor los vuelva de su incredulidad, pues esto les hace desdeñar a Cristo; y esto es lo que les está quitando la vida, y destruyendo sus almas.

Otro conjunto de personas menospreció esta fiesta *porque eran muy mundanos*; tenían que hacer demasiadas cosas. Me he enterado de un rico comerciante que fue visitado un día por un hombre piadoso, y cuando le tuvo enfrente, le dijo: “bien, señor, ¿cuál es el estado de su alma?” “¡Alma!”—le respondió—“¡maldita sea! No tengo tiempo de cuidar mi alma; tengo suficientes cosas que hacer cuidando mis barcos.” Aproximadamente una semana después sucedió que tuvo que encontrar tiempo para morir, pues Dios se lo llevó. Tememos que Dios le dijo: “Necio, esta

noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?” Ustedes, comerciantes de Londres, hay muchos de ustedes que leen más sus libros de contabilidad que sus Biblias. Tal vez deban hacerlo, pero ustedes no leen sus Biblias del todo, y, en cambio, revisan sus libros de contabilidad todos los días.

Se dice que en América adoran al dólar todopoderoso; yo creo que en Londres, muchas personas adoran a nuestras monedas de oro todopoderosas; tienen el mayor respeto posible por un pagaré bancario; ese es el dios que muchos hombres están adorando siempre. El libro de oración que llevan muy religiosamente en sus manos es su libro del registro de efectivo. Incluso los domingos, hay un caballero por allá—no piensa que su capataz lo sepa—pero estuvo sentado toda la mañana dentro de la oficina, porque estaba lloviendo, haciendo sus cuentas; y ahora asiste aquí en la noche, porque es un hombre muy piadoso, extraordinariamente piadoso. Él sería capaz de cerrar los parques los domingos, él querría que ninguna persona recibiera aire puro, porque es muy piadoso, pero él mismo puede sentarse medio día en la oficina, el día domingo, para contar su dinero, y no lo considera pecado. Pero algunos están demasiado ocupados para pensar en estas cosas. “¡Orar!”—dicen—“no tengo tiempo para eso; tengo que pagar. ¿Qué? ¿Leer la Biblia? No, no puedo; tengo que supervisar esto y aquello, y revisar el desempeño de los mercados. Yo encuentro el tiempo para leer el periódico *Tiempos*, pero no podría pensar en leer la Biblia.” Será maravillosamente desafortunado para algunos de ustedes cuando descubran que el contrato de renta de sus vidas es más bien más corto lo que esperaban. Si hubieran firmado un contrato por sus vidas por ochenta y ocho años a partir de este momento, serían muy necios, tal vez, al gastar cuarenta y cuatro de ellos en el pecado. Pero considerando que son arrendatarios a discreción, y sujetos a ser sacados cualquier día, es el colmo de la necesidad, el propio clímax del absurdo—que excede todo lo que el bufón, con su gorra y sus campanillas hizo jamás—vivir simplemente para recoger las riquezas mal habidas de este mundo, y no vivir para las cosas venideras. La mundanidad es un demonio que ha estrujado el cuello de muchas almas; ¡que Dios nos conceda que no perezamos debido a nuestra mundanidad!

Hay otra clase de personas que sólo puedo caracterizar de esta manera: *son enteramente atolondradas*. Si les preguntas algo concerniente a la religión, no tienen ninguna opinión en absoluto al respecto. No la detestan positivamente, ni se burlan de ella; pero no tienen ni idea al respecto. El hecho es que tienen la intención de pensar al respecto en un futuro. La suya es un tipo de existencia de mariposas; siempre revolotean por todos lados, sin hacer nunca nada, ni para otros ni para sí mismas. Y es-

tas son personas muy amigables; siempre están listas a dar algún dinero para una caridad; nunca rechazan a nadie, aunque darían su dinero de la misma manera si fuera para un juego de críquet o para una iglesia. Ahora, si yo fuere forzado a regresar al mundo, y tuviera que elegir el carácter que querría ser, la última posición que desearía ocupar sería la del hombre atolondrado. Yo creo que las personas irreflexivas son las que están en mayor peligro de caer en la perdición, de todas las clases que conozco.

Algunas veces me gusta dirigir la palabra a un hombre completamente resuelto, inflexible, y que odia el Evangelio, pues su corazón es como un pedernal, y cuando es golpeado con el martillo del Evangelio, el pedernal queda destrozado en un instante. Pero estas personas atolondradas poseen corazones de goma elástica: las golpeas, y ceden; las golpeas de nuevo, y vuelven a ceder. Si están enfermas, y las visitas, te dicen: “sí.” Cuando les hablas acerca de la importancia de la religión; te dicen: “sí.” Cuando les hablas acerca de escapar del infierno y entrar al cielo, te dicen: “sí.” Les predicas un sermón cuando ya están mejor, y les recuerdas los votos que hicieron durante su enfermedad; “eso es correcto, señor,” te dicen. Y responden lo mismo sin importar lo que les digas. Son siempre muy corteses contigo, pero hacen a un lado cualquier cosa que les digas. Si comienzas a hablarles acerca de los borrachos, ¡oh!, ellos no son borrachos; tal vez se emborracharon accidentalmente en alguna ocasión, pero esa fue una pequeña cosa fuera de lo usual. Y preséntales cualquier pecado que quieras a ellos, y pueden golpearlos, y golpearlos, pero no sirve de nada, pues no son quebrantados ni la mitad de fácilmente (hablando a la manera de los hombres), que el hombre de verdadero corazón firme que odia el Evangelio.

Vamos, hay un marinero que regresa a casa de su travesía en el mar, jurando, blasfemando, y maldiciendo; entra en la casa de Dios, y el Espíritu aplica casi la primera palabra para quebrantar el corazón de Juan. Otro joven dice: “yo sé lo que cualquier ministro pudiera decirme; pues mi propia madre me enseñó, y mi anciano padre solía leerme la Biblia hasta el punto de tener—yo creo—cada partícula de ella en mi cabeza. Voy a la capilla por causa del respeto a su memoria, pero realmente no me importa nada de todo eso; eso está muy bien para los ancianos, está muy bien para las ancianas, y para quienes se están muriendo en los tiempos del cólera. Es algo muy bueno, pero yo no tengo ningún interés en eso por el momento.”

Ahora, yo les digo muy solemnemente, personas descuidadas, que ustedes son los propios socorristas del diablo; ustedes constituyen su reserva; él los mantiene alejados de la batalla; no los envía al frente como

envía al blasfemo, pues teme que algún disparo podría caer casualmente sobre ustedes, y podrían ser salvados. Pero él dice: “espera aquí, y si has de salir yo te proporcionaré una cota de malla impenetrable.” Las flechas vuelan zumbando contra ti: todas te alcanzan, pero, ¡ay!, ni una sola de ellas penetra en tu corazón, pues ése se quedó en alguna otra parte. Tú eres solamente una crisálida vacía. Cuando vienes a la casa de Dios, y se predica Su palabra, la desdeñas, pues tu hábito consiste en ser atolondrado acerca de todo.

Tengo que tocar otro caso muy brevemente, y luego los dejaré ir. Pueden desdeñar el Evangelio *debido a una consumada presunción*. Son como el necio, que sigue adelante y es castigado; no son como el hombre prudente, que “ve el mal y se esconde.” Ellos siguen adelante; ese paso es seguro, y lo dan; el siguiente paso es seguro, y también lo dan; su pie se balancea sobre el abismo de tinieblas; pero intentarán dar un paso, y como ese paso es seguro, piensan que intentarán dar el siguiente; y como el último ha sido seguro, y como durante muchos años han dado pasos seguros, suponen que siempre los darán; y como todavía no han muerto, piensan que nunca morirán. Y así, por pura presunción, pensando que “todos los hombres son mortales, excepto ellos,” prosiguen su camino menospreciando a Cristo. Tiemblen, ustedes, hombres presuntuosos, ya que no siempre serán capaces de hacer eso.

Y, por último, me temo que hay una gran cantidad de personas que desdeñan a Cristo *debido al carácter común del Evangelio*. Es predicado en todas partes, y esa es la razón por la que lo desdeñan. Pueden oírlo en la esquina de cada calle; pueden leerlo en esta Biblia que tiene amplia circulación; y debido a que el Evangelio es tan común, les tiene sin cuidado. ¡Ah, mis queridos amigos!, si sólo hubiera un ministro del Evangelio en Londres que les pudiera decir la verdad; si sólo hubiera una Biblia en Londres, yo creo que ustedes acudirían apresuradamente a oír la lectura de esa Biblia; y el hombre que tuviera el mensaje no tendría ninguna sinecua, pues estaría obligado a trabajar de la mañana a la noche para explicárselos a ustedes. Pero ahora, porque tienen tantas Biblias, se les olvida leerlas; porque tienen tantos opúsculos, empacan cualquier artículo en vez de ellos; porque tienen tantos sermones, no los tienen en gran valor para nada. Pero, ¿por qué sucede eso? ¿Tienes en menos estima al sol porque derrama sus rayos ampliamente? ¿Tienes en menos estima al pan porque es el alimento que Dios da a todos sus hijos? ¿Tienes en menos estima al agua, cuando estás sediento, porque todos los riachuelos te la suministran? No. Si tú estuvieras sediento de Cristo, le amarías mucho más, porque Él es predicado en todas partes; y no le menospreciarías debido a eso.

“Ellos, sin hacer caso.” ¿Cuántos de mis oyentes esta noche, pregunto de nuevo, están menospreciando a Cristo? Muchos de ustedes lo están haciendo, sin duda. Les daré, entonces, sólo una advertencia, y luego nos despediremos. ¡Menosprecia a Cristo, pecador! Permíteme decirte que tú lamentarás el día cuando estés en tu lecho mortuario. Será duro para ti cuando el monstruo huesudo te aferre, y cuando te esté llevando al río, para hundirte en el lago de muerte. Será duro para ti, cuando los tendones de tus ojos se rompan, y cuando el sudor mortal bañe tu frente. Recuerda la última vez que tuviste fiebre; ¡ah!, cómo temblabas. Recuerda, anoche, cómo te estremecías en la cama durante la tormenta, cuando los rayos atravesaban tu ventana; y cómo temblabas cuando el trueno profundo hablaba la voz de Dios. ¡Ah!, pecador, tú temblarás más entonces, cuando veas que la muerte viene por ti, cuando el jinete huesudo sobre su caballo blanco, tome su dardo y lo hunda en tus entrañas. Será duro para ti entonces, si no tienes a Cristo como refugio, ni cuentas con la sangre para lavar tu alma.

Recuerda, además, que después de la muerte viene el juicio. Será duro para ti si has despreciado a Cristo, y mueres como un despreciador. ¿Ves a aquel ángel volador? Sus alas están hechas de llamas, y en su mano blande una puntiaguda espada de dos filos. Oh, ángel, ¿a qué se debe tu vuelo presuroso? “¡Escucha!”—dice él—“esta trompeta te lo dirá.” Y lleva la trompeta a sus labios, y—

“Toca un llamado tan fuerte y terrible,

Que nunca los sonidos proféticos fueron tan llenos de infortunios.”

¡Miren, los muertos en sus sudarios se han levantado de sus tumbas! He aquí, el carruaje sombrío es jalado por manos de querubes. ¡Observen! Allá sobre el trono se sienta el Rey, el Príncipe. Oh, ángel, ¿qué habrá de ser, en este terrible día, del hombre que ha menospreciado a Cristo? Miren allí, Él desenvaina Su espada. “Esta hoja”—dice—“le encontrará y le atravesará. Esta hoja, como una guadaña, arrancará toda cizaña del trigo, y este brazo fuerte le atará en un manojito para ser quemado; y este gran brazo mío le sujetará, y le arrojará abajo, abajo, abajo, donde las llamas arden para siempre, y el infierno aúlla por siempre.” Será muy duro para ustedes entonces. Fíjense en la palabra de este hombre esta noche; salgan y burlense de ella; pero recuerden, se los repito, que sería algo terrible para ustedes—cuando Cristo venga para juicio—si fueran encerrados en las cavernas de la desesperación, si alguna vez oyeran decir: “Apartaos de mí, malditos,” si mezclaran sus terribles gritos con los dolorosos aullidos de miríadas de perdidos, si vieran el abismo que no tiene fondo, y el golfo que tiene paredes de fuego, por haberle menospre-

ciado. ¡Sería algo terrible que se encontraran allí, sabiendo que nunca podrán salir de allí!

Pecador, esta noche yo te predico el Evangelio. Antes de que te vayas, óyelo y cree en él; que Dios te dé gracia para recibirlo, para que seas salvo. “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere”—eso dice la Escritura—“será condenado.” Creer, es poner tu confianza en Cristo; ser bautizado, es ser sumergido en agua en el nombre del Señor Jesús, como una profesión de que ya eres salvo, y de que amas a Cristo. “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.” Oh, que ustedes no lleguen a saber nunca el significado de esa última palabra: CONDENADO. ¡Adiós!

Nota del traductor:

Sinecura: empleo o cargo retribuido que ocasiona poco o ningún trabajo.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #98—Volume 2
MAKING LIGHT OF CHRIST